1b. Existencia de la literatura infantil

Consúltese el apartado del mismo nombre, entre las páginas 17 y 18 del tema. El texto que sigue constituye una versión alternativa de lo que en ellas se expone.

❁

El problema a la hora de definir la literatura infantil es que el propio término «literatura» no remite a un concepto unívoco. Hablamos, para empezar, de un término que ha tenido significados variables a lo largo de la historia. La palabra latina *litteratura,* de la que proviene, fue durante mucho tiempo (hasta bien entrado el siglo XIX, de hecho) la traducción del griego *grammatika.* Y no designaba tanto a la producción de obras literarias, en el sentido en que las entendemos hoy, sino a todo producto que estuviese relacionado con la letra escrita. Por eso, todavía en el siglo XVIII, se empleaba como equivalente de 'erudi-

ción', lo que quiere decir que la «literatura» designaba a todo el saber acumulado por escrito sobre un determinado tema, ya fuese este la poesía, por supuesto, como también pudiera serlo la física, la astronomía o cualquier otra disciplina del saber. Ese sentido de «literatura» equivalente a erudición o saber acumulado sobre un tema todavía se conserva agazapado en algunos usos de la palabra que empleamos hoy, como sucede, sin ir más lejos, cuando hablamos sobre la «literatura médica» o «literatura científica» para referirnos, no a las novelas que se hayan escrito sobre medicina o ciencia, sino a la bibliografía académica que la investigación en esos campos ha ido acumulando. Durante mucho tiempo, lo que hoy llamamos «literatura» se designó bajo el término genérico de «poesía», que a su vez no estaba aún especializado en el género literario en verso. Aquí, pues, surge una primera dificultad de definición: el concepto de literatura, tal como lo empleamos en la actualidad para aludir a lo que los franceses llamaban, en siglo XVII, «Bellas Letras», es bastante reciente en términos históricos.

Al mismo tiempo, sobre el término «literatura» volcamos con carácter retroactivo una serie de suposiciones que no siempre están en los textos del pasado. La más llamativa de ellas, sin duda, la suposición de que toda literatura es expresión directa de la subjetividad de un autor. Cuando Homero, por ejemplo, alude a la diosa a en el primer verso de la *Illiada,* no está expresando sus sentimientos más profundos, sino literalmente pidiendo a Mnemósine, diosa de la memoria, que le dicte lo que ocurrió durante el asedio de Troya (Homero, por tanto, más que un autor,

sería aquí un transcriptor de lo que le dicta la diosa Memósine, porque para los griegos antiguos los dioses tienen una existencia objetiva y real). Asimismo, no todo lo que llamamos «literatura» hoy ha tenido la importancia que le concedemos ahora, y que nos lleva a ponerlo en un pedestal: en clase hemos visto cómo, por ejemplo, algunos de los epigramas de Marcial, el poeta hispano romano del siglo I, eran en verdad algo más parecido a una tarjeta de regalo actual que al clásico imperecedero de la poesía que desde la actualidad nos parece. La «literatura», en verdad, no es eterna. No es algo que exista al margen del espacio y del tiempo en que se da.

Una última dimensión que hemos abordado en clase sobre el término literatura es que este proporciona un modo de conocimiento, pero hasta eso requiere ser matizado. Porque el modo de conocimiento que nos proporciona la literatura no es solo el que nos lleva a obtener información sobre nuestro pasado (eso también, claro, pero sería muy pobre reducir la literatura a eso). Es, sobre todo, un modo de conocimiento que podríamos denominar simbólico. Porque los seres humanos somos animales simbólicos, por cierto, lo que quiere decir que no vivimos en la literalidad de las cosas. Para hacernos la realidad más comprensible, hemos inventado los símbolos. Por ejemplo, podríamos definir las fases y funciones vitales de la hoja de un árbol desde el punto de vista de la biología, y acumular con ello conocimiento valioso, pero cuando observamos que la hoja empieza a formarse en el invierno sobre la rama desnuda, que verdea en primavera, que se consume en verano y que, finalmente, en otoño cae, la

hoja se convierte en un símbolo que explica, por semejanza, las fases de la propia vida humana.

¿Y qué pasa, después de todas estas dificultades, con la LIJ? Podemos considerar que, dentro de la literatura, en general, hay cuatro tipos que pueden considerarse «infantiles» en sentido lato. Los tres primeros nos los recopila Juan Cervera en una obra clásica. El cuarto es un añadido nuestro:

1. *Literatura ganada.* Es aquella literatura que, no estando escrita para niños en origen, con el tiempo se la acabó apropiando la infancia o los adultos se la acabamos destinando a ella. Por ejemplo, cuando, en 1719, el escritor inglés Daniel Defoe publicó *Robinson Crusoe,* sin duda no estaba pensando propiamente en el público infantil y juvenil, pero eso no impidió que, muy pronto, la novela se convirtiese en una clásico del género de aventuras y se acabase considerando como una novela infantil y juvenil ya clásica.

2. *Literatura escrita para niños y jóvenes.* Ha sido, por supuesto, la práctica más habitual y la primera que nos viene a la cabeza cuando pensamos en la literatura infantil. Los ejemplos a este respecto son multitud, desde álbumes para pre-lectores, como *La pequeña oruga glotona,* del norteamericano Eric Carle, a las novelas sobre jóvenes –que

no *para* jóvenes, como él mismo gusta de puntualizar– de Jordi Serra i Fabra.

3. *Literatura instrumentalizada*. Hablamos en este caso, como especifica Juan Cervera, más de libros que de literatura. Y es que, con demasiada frecuencia, los libros que les destinamos a la infancia y a la juventud se subordinan a un propósito didáctico o moralizante, descuidando su valor propiamente literario. Hablamos, en este caso, de libros «para», esto es, de libros que sirven para el alcance de un propósito determinado, al cual se someten sirviendo de meros instrumentos para lograrlo. Por ejemplo, en la sociedad actual se ha impuesto el cliché –más que discutible, por cierto– de que el éxito en la vida depende más de la gestión que sepamos hacer de nuestras emociones (la famosa inteligencia emocional) que de nuestra formación. En consonancia, es ya raro que una de las primeras lecturas que se llevan a cabo en la escuela no sea *El monstruo de colores,* de Anna Llenas, un libro que se supone ayuda a aprender a gestionar nuestros estados de ánimo desde la infancia.

4. *Literatura escrita por niños*. Suele ser esta la gran olvidada, la parte en la que jamás reparamos cuando pensamos en la LIJ. Pero lo cierto es que en la escuela se produce bastante literatura por parte de los niños (prácticas narrativas, cuentacuentos,

ejercicios de creación poética y de guionización teatral, etc.).

Cuestión para la memoria

Piense en un animal, vegetal o mineral que pueda servir de símbolo de su vida y explique por extenso el porqué de su elección.